

# REIVINDICACION DE ERIK SATIE

P O R

*Roland d'Arc*

**I**nfortunadas circunstancias impidieron celebrar como se debía el vigésimo aniversario de la desaparición de un personaje desconcertante y único en la historia de la música francesa: Erik Alfred Satie.

Sin duda, a este relativo olvido no son ajenos los escándalos y resistencias que provocó en vida su humor acre e incisivo, tanto como su desmesurada originalidad.

La extravagante y pintoresca existencia de este innovador transcurre en una época cuyo signo fué el de trastocar los valores consagrados, imprimiendo un brusco viraje en su consideración estética.

La obra extraordinaria de Satie permaneció casi ignorada hasta fines de 1910, fecha en la que Mauricio Ravel y algunos amigos, que en aquellos momentos presidían la Sociedad Musical Independiente, decidieron presentar al público las primeras obras pianísticas de nuestro autor. La ejecución corrió a cargo del propio Ravel, y el público acogió con simpatía la segunda «Sarabande», el preludio de «Fils des Etoiles» y la tercera «Gymnopedie». Según el programa, «estas obras, desgraciadamente poco numerosas, sorprenden por su ostentación del vocabulario modernista y por el carácter casi profético de ciertos hallazgos armónicos...». Seguidamente mencionaba la fecha asombrosa de su creación: ¡1887! ¡Hacia un cuarto de siglo que el autor «hablaba» el audaz argot musical del futuro!

Aquel éxito inicial tuvo fatales consecuencias; Debussy—ya famoso—unido a Satie por treinta años de amistad, sintióse ofendido porque se le excluía del grupo auspiciador, de figurar entre aquellos que «lanzaban» a su amigo. La culpa no fué de Satie. En realidad, Debussy hubiera podido ayudar mucho antes a quien—según algunos dicen—debía provechosas enseñanzas. Y no lo hizo. Poco tiempo después, las relaciones entre ambos se rompieron definitivamente.

En 1915, Jean Cocteau, seducido por los «Morceaux en forme de poire» (piezas en forma de pera) sometió a Satie un proyecto de ballet que, anteriormente, había propuesto a Strawinsky bajo el nombre de «David». Satie escribió la música, Picasso pintó los decorados y diseñó los trajes, Massine creó la coreografía y Diaghileff montó el espectáculo que, con el nombre de «Parade», se representó en el Teatro Châtelet, el 18 de Mayo de 1917, provocando un escándalo formidable. Sin pretenderlo, la partitura de Satie, de una asombrosa simplicidad, obró en contra del debussyismo y del fauvismo, consagrado ya el primero y el segundo representado por «La Consagración de la Primavera». Cabe añadir que los especta-

dores de aquel segundo año de guerra no estaban en situación de comprender con justeza una obra que trastornaba su concepto de la danza.

La aventura tuvo la virtud de acerca los jóvenes músicos a Satie. Poco más tarde, después de la primera audición de «Sócrates», el crítico musical Henri Collet publicó en «Comedia» un artículo titulado «Los cinco rusos, los seis franceses y Erik Satie». Reunidos en esta forma, se solidarizaron en torno a Satie, Germaine Tailleferre, Auric, Durcy, Honegger, Milhaud y Poulenc. Así nació el famoso «grupo de los seis». Cocteau ofició de portaestandarte, al fundar «Le Cœq», órgano oficial del grupo.

En 1924, Satie realiza un esfuerzo que lo agota. Durante la primavera compone «Mercure» y en el otoño «Relâche».

Para el primero, Massine le suministra el material de sus actitudes plásticas, mientras Picasso diseña magníficos trajes y pinta las decoraciones, de una fantasía genial. El estreno constituyó otro escándalo. Llegaron a organizarse manifestaciones públicas contra el músico y el pintor.

«Relâche» fué puesto en escena por el Ballet Sueco de Rolf de Maré, grupo que había presentado en 1923 la admirable «Creación del mundo» de Milhaud y Léger. La presentación de «Relâche» se había anunciado para el 27 de Noviembre. Tres días más tarde, se levantaba el telón, proyectándose en las pantallas parisinas el haz luminoso de «Entr'acte». El film de René Clair provocó la indignación de los moderados, pero el ballet no obtuvo el escándalo que Francis Picabia y Satie deseaban. Sin embargo, su intención no se prestaba a equívocos. El decorado del segundo acto llevaba esta inscripción: *Erik Satie es el más grande músico del mundo y añadía, si no está Ud. contento, en la taquilla le venderán dos silbatos por diez céntimos.*

Este escéptico viejo, para quien la vida fué siempre injusta y dura, paseaba sobre el mundo una mirada azul clarísima, pero despiadada. Poseía una manera muy peculiar, mezcla de bondad y de crueldad, para reirse de los seres y de las cosas. «Vine al mundo demasiado joven para una época tan vieja». «Cuando era joven se me decía: Ya verá Ud. cuando tenga cincuenta años... Bien. Tengo cincuenta años. No he visto nada». El anecdotario de Erik Satie es copiosísimo. Su humorismo trascendió la esfera musical y adquirió gloria literaria en «Memoria de un amnésico», «Carnet de un mamífero».

Hace años, Strawinsky declaraba a un amigo de Satie que no se hacía la debida justicia al valor de la obra musical de éste por ignorancia y por ingratitud, pero que llegaría el día en el que habría que reconocer a este compositor como *el creador de la música moderna.*

Deseamos que ese día no se haga esperar.

París, Junio de 1946.